

EN

CUEN

EDITORIAL

TROS

## EDITORIAL /

## La universidad frente a la complejidad: calidad, confianza y sentido humano

Las universidades atraviesan un tiempo en el que muchas de las categorías con las que tradicionalmente hemos organizado nuestra relación con el conocimiento comienzan a resultar insuficientes. La aceleración tecnológica, las nuevas desigualdades, las transformaciones del trabajo, la crisis ambiental, la fragilidad de los vínculos institucionales y la coexistencia de distintas formas de comprender el mundo obligan a revisar qué entendemos por educación, calidad, desarrollo y bienestar. En ese escenario, producir conocimiento conserva su importancia, pero adquiere una exigencia adicional: comprender mejor la realidad para intervenir en ella con responsabilidad.

La edición 24.01 de Encuentros permite aproximarnos a esa discusión desde escalas distintas. Algunas de las preguntas que atraviesan sus páginas se sitúan en comunidades sometidas a condiciones de alta vulnerabilidad; otras se concentran en los procesos individuales de autorregulación, en los sistemas educativos y sus mecanismos de aseguramiento, en las formas de relación con el territorio, en la gestión de la escuela o en los vínculos entre ciudadanía e instituciones. Son objetos diferentes, pero detrás de ellos se reconoce una preocupación compartida ¿qué capacidades necesitamos construir para responder de manera adecuada a contextos cada vez más complejos?

La experiencia de los trabajadores informales vinculados al turismo en Barú ofrece un punto de partida especialmente revelador. La pandemia hizo visible la fragilidad de economías que pueden parecer funcionales mientras las condiciones externas permanecen estables. Detrás del dinamismo turístico aparecieron con mayor nitidez la ausencia de protección, la dependencia económica y una vulnerabilidad capaz de alterar simultáneamente ingresos, proyectos familiares, seguridad y percepción de bienestar. Medir el desarrollo exige entonces mirar más allá del crecimiento o del acceso formal a determinados bienes. Importa también preguntarnos por la capacidad real de las personas para construir una vida que consideren digna y por la fortaleza de nuestras instituciones para acompañarlas cuando las circunstancias cambian.

La capacidad de responder a la complejidad posee también una dimensión individual. La investigación sobre funcionamiento ejecutivo e impulsividad en adultos jóvenes recuerda que la autorregulación depende de procesos cognitivos relacionados con el control inhibitorio, la memoria de trabajo y la capacidad para orientar la conducta hacia determinados objetivos. La relación resulta sugerente cuando la observamos junto con los demás trabajos de esta edición: personas, organizaciones e instituciones enfrentan, en escalas diferentes, el desafío de procesar información, contener respuestas inmediatas, aprender de la experiencia y tomar decisiones frente a circunstancias cambiantes.

Esta pregunta resulta particularmente pertinente para la educación superior. Durante varias décadas hemos asociado la calidad con el cumplimiento de estándares, la medición de resultados y la verificación de condiciones institucionales. Estos mecanismos han contribuido a ordenar y fortalecer los sistemas educativos, pero también han mostrado sus límites cuando el procedimiento termina sustituyendo al propósito. La comparación entre los sistemas de aseguramiento de España y Colombia que forma parte de este número vuelve sobre una tensión conocida y aún vigente: aquella que enfrenta estandarización y autonomía, referentes internacionales y pertinencia local, control y mejoramiento. La calidad pierde sentido cuando se convierte exclusivamente en una evidencia que debe demostrarse ante un organismo externo. Su verdadero valor aparece cuando permite que una institución comprenda lo que hace, reconozca sus debilidades y tome mejores decisiones frente a las necesidades de las personas y los territorios a los que sirve.

Pero pensar la calidad y la pertinencia también exige revisar desde dónde conocemos. Las voces indígenas presentes en este número introducen una interpelación especialmente necesaria para la universidad. Para

los pueblos abordados en la investigación, territorio, naturaleza, educación y vida no constituyen ámbitos separados. La naturaleza puede ser maestra; el territorio puede ser cuerpo, memoria y relación; aprender puede comenzar mucho antes de ingresar a una institución escolar. Estas perspectivas cuestionan una tradición académica que durante demasiado tiempo convirtió una forma particular de producir conocimiento en medida universal del conocimiento posible. Una universidad contemporánea debe estar preparada para el desarrollo científico y tecnológico, pero también para escuchar. Reconocer otras epistemologías no supone renunciar al rigor científico; exige ampliar nuestra capacidad para comprender la pluralidad de experiencias desde las cuales las sociedades explican y habitan el mundo.

Esa atención al contexto adquiere una expresión concreta cuando descendemos del sistema educativo a la escuela. Las desigualdades rurales colombianas muestran que ofrecer educación no equivale necesariamente a garantizar iguales oportunidades educativas. Las condiciones materiales importan, pero también importan el liderazgo, la autonomía para tomar decisiones, la capacidad de reconocer el entorno y la posibilidad de construir respuestas institucionales allí donde los recursos son escasos. En estos escenarios, gestionar deja de ser simplemente administrar. Significa interpretar una realidad, movilizar capacidades y construir alternativas. Esta diferencia es fundamental porque recuerda que ninguna política educativa funciona en abstracto: siempre termina realizándose —o fracasando— en un territorio y frente a personas concretas.

En ese entramado aparece otra palabra decisiva para comprender las sociedades contemporáneas: confianza. Las sociedades funcionan porque existen expectativas mínimas respecto de los otros y de sus instituciones. Cuando esas expectativas se deterioran, aumentan la distancia y la incertidumbre. El análisis de la relación entre ciudadanía y Policía incluido en esta edición plantea que el arte y la comunicación digital pueden abrir espacios diferentes de interacción y reconocimiento. La tecnología adquiere aquí su sentido más interesante: deja de concebirse como finalidad y se convierte en mediación. Puede ampliar la participación, facilitar la comunicación y crear nuevas posibilidades de encuentro, siempre que su incorporación esté acompañada por transparencia, sensibilidad social y disposición efectiva para el diálogo.

Quizá allí pueda encontrarse una de las conversaciones más interesantes que propone este número de Encuentros. La complejidad contemporánea exige instituciones capaces de aprender y personas capaces de deliberar; sistemas de calidad que reconozcan los contextos; tecnologías al servicio de las relaciones humanas; educación atenta a la diversidad; desarrollo vinculado con la dignidad; y conocimiento dispuesto a dialogar con otros conocimientos.

Esta tarea concierne de manera particular a las universidades. Nuestra responsabilidad no termina con la formación profesional ni con la generación de publicaciones científicas. Una universidad adquiere sentido cuando ese conocimiento circula, interpela las certezas existentes y contribuye a comprender los problemas de su tiempo. Ciencia, tecnología y formación continúan siendo indispensables, pero encuentran su propósito cuando se articulan con pensamiento crítico, sensibilidad social y compromiso con el territorio.

Encuentros participa de esa tarea. Las páginas que siguen no ofrecen una respuesta única —difícilmente podría hacerlo una revista dedicada a las ciencias sociales y humanas—. Ofrecen algo quizá más valioso: perspectivas distintas para pensar problemas que solemos observar de manera fragmentada. Ponerlas en conversación permite recordar que detrás de cada indicador, política, tecnología o categoría analítica existen personas, comunidades y formas particulares de habitar el mundo.

Y que, finalmente, es allí donde el conocimiento encuentra su razón de ser.

**Pablo Bonaveri**  
Director Académico  
Universidad Autónoma del Caribe

## University in the face of complexity: quality, trust, and human meaning

Universities are living through a time in which many of the categories through which we have traditionally organized our relationship with knowledge are beginning to prove insufficient. Technological acceleration, new inequalities, transformations in the world of work, the environmental crisis, the fragility of institutional ties, and the coexistence of different ways of understanding the world compel us to reconsider what we mean by education, quality, development, and well-being. In this context, producing knowledge remains essential, but it also entails an additional responsibility: to understand reality more deeply to act upon it responsibly.

Issue 24.01 of *Encuentros* allows us to approach this discussion from different scales. Some of the questions running through its pages are situated in communities facing conditions of high vulnerability; others focus on individual processes of self-regulation, educational systems and their quality-assurance mechanisms, ways of relating to territory, school management, or the ties between citizens and institutions. These are different objects of inquiry, yet behind them lies a shared concern: what capacities do we need to build to respond adequately to increasingly complex contexts?

The experience of informal workers linked to tourism in Barú offers a particularly revealing starting point. The pandemic made visible the fragility of economies that may appear functional as long as external conditions remain stable. Behind the dynamism of tourism, the lack of protection, economic dependence, and a vulnerability capable of simultaneously disrupting income, family projects, security, and perceptions of well-being became much clearer. Measuring development therefore requires looking beyond growth or formal access to certain goods. It also requires asking about people's real capacity to build lives they consider dignified and about the strength of our institutions to support them when circumstances change.

The capacity to respond to complexity also has an individual dimension. The study of executive functioning and impulsivity in young adults reminds us that self-regulation depends on cognitive processes related to inhibitory control, working memory, and the ability to direct behavior toward goals. This relationship becomes especially suggestive when considered alongside the other studies in this issue: individuals, organizations, and institutions face, at different scales, the challenge of processing information, restraining immediate responses, learning from experience, and making decisions in changing circumstances.

This question is particularly relevant to higher education. For several decades, we have associated quality with compliance with standards, the measurement of outcomes, and the verification of institutional conditions. These mechanisms have helped organize and strengthen educational systems, but they have also revealed their limitations when procedure ends up replacing purpose. The comparison between the quality-assurance systems of Spain and Colombia included in this issue returns to a familiar and still-current tension: standardization and autonomy, international benchmarks and local relevance, control and improvement. Quality loses its meaning when it becomes merely a body of evidence to be demonstrated before an external agency. Its true value emerges when it enables an institution to understand what it does, recognize its weaknesses, and make better decisions in response to the needs of the people and territories it serves.

Yet thinking about quality and relevance also requires us to reconsider the standpoint from which we produce knowledge. The Indigenous voices present in this issue raise a particularly necessary challenge for the university. For the people addressed in the research, territory, nature, education, and life do not constitute separate spheres. Nature can be a teacher; territory can be body, memory, and relationship; learning can begin long before entering a school. These perspectives call into question an academic tradition that, for too long, turned one way of producing knowledge into the universal measure of what could count as knowledge. A contemporary university must be prepared for scientific and technological development, but it must also be prepared to listen. Recognizing other epistemologies does not mean abandoning scientific rigor; it requires broadening our capacity to understand the plurality of experiences through which societies explain and inhabit the world.

This attention to context takes on a concrete expression when we move from the educational system to the school itself. Rural inequalities in Colombia show that providing education does not necessarily mean guaranteeing equal educational opportunities. Material conditions matter, but so do leadership, autonomy in decision-making, the ability to recognize the surrounding context, and the possibility of building institutional responses where resources are scarce. In these settings, management ceases to be merely administration. It means interpreting a reality, mobilizing capacities, and building alternatives. This distinction is fundamental because it reminds us that no educational policy operates in the abstract: it is always ultimately realized—or fails—in a territory and in the lives of concrete people.

Within this broader fabric, another word appears as decisive for understanding contemporary societies: trust. Societies function because there are minimum expectations regarding others and their institutions. When those expectations deteriorate, distance and uncertainty increase. The analysis of the relationship between citizens and the Police included in this issue suggests that art and digital communication can open different spaces for interaction and recognition. Technology takes on its most interesting meaning here: it ceases to be conceived as an end and becomes a form of mediation. It can broaden participation, facilitate communication, and create new possibilities for encounter, provided that its incorporation is accompanied by transparency, social sensitivity, and a genuine willingness to engage in dialogue.

Perhaps this is where one of the most interesting conversations proposed by this issue of Encuentros can be found. Contemporary complexity requires institutions capable of learning and people capable of deliberation; quality systems that recognize context; technologies placed at the service of human relationships; education attentive to diversity; development linked to dignity; and knowledge willing to enter into dialogue with other forms of knowledge.

This task concerns universities in a particular way. Our responsibility does not end with professional education or the production of scientific publications. A university acquires meaning when knowledge circulates, questions established certainties and contributes to understanding the problems of its time. Science, technology, and education remain indispensable, but they find their purpose when articulated with critical thinking, social sensitivity, and commitment to territory.

Encuentros is part of that task. The pages that follow do not offer a single answer—a journal devoted to the social sciences and humanities could hardly do so. They offer something perhaps more valuable: different perspectives for thinking about problems that we often observe in fragmented ways. Bringing them into conversation reminds us that behind every indicator, policy, technology, or analytical category there are people, communities, and particular ways of inhabiting the world.

And that, ultimately, it is there that knowledge finds its reason for being.

**Pablo Bonaveri**  
*Academic director*  
*Universidad Autónoma del Caribe*

---

## A universidade diante da complexidade: qualidade, confiança e sentido humano

As universidades atravessam um tempo em que muitas das categorias com as quais tradicionalmente organizamos nossa relação com o conhecimento começam a se mostrar insuficientes. A aceleração tecnológica, as novas desigualdades, as transformações do trabalho, a crise ambiental, a fragilidade dos vínculos institucionais e a coexistência de diferentes formas de compreender o mundo nos obrigam a rever o que entendemos por educação, qualidade, desenvolvimento e bem-estar. Nesse cenário, produzir conhecimento conserva sua

importância, mas assume uma exigência adicional: compreender melhor a realidade para intervir nela com responsabilidade.

A edição 24.01 de *Encuentros* permite aproximar-nos dessa discussão a partir de diferentes escalas. Algumas das perguntas que atravessam suas páginas situam-se em comunidades submetidas a condições de alta vulnerabilidade; outras concentram-se nos processos individuais de autorregulação, nos sistemas educacionais e em seus mecanismos de garantia da qualidade, nas formas de relação com o território, na gestão escolar ou nos vínculos entre cidadania e instituições. São objetos distintos, mas por trás deles reconhece-se uma preocupação compartilhada: que capacidades precisamos construir para responder de maneira adequada a contextos cada vez mais complexos?

A experiência dos trabalhadores informais vinculados ao turismo em Barú oferece um ponto de partida especialmente revelador. A pandemia tornou visível a fragilidade de economias que podem parecer funcionais enquanto as condições externas permanecem estáveis. Por trás do dinamismo turístico, tornaram-se mais nítidas a ausência de proteção, a dependência econômica e uma vulnerabilidade capaz de alterar simultaneamente a renda, os projetos familiares, a segurança e a percepção de bem-estar. Medir o desenvolvimento exige, portanto, olhar para além do crescimento ou do acesso formal a determinados bens. Importa também perguntar pela capacidade real das pessoas de construir uma vida que considerem digna e pela força de nossas instituições para acompanhá-las quando as circunstâncias mudam.

A capacidade de responder à complexidade também possui uma dimensão individual. A pesquisa sobre funcionamento executivo e impulsividade em adultos jovens nos lembra que a autorregulação depende de processos cognitivos relacionados ao controle inibitório, à memória de trabalho e à capacidade de orientar a conduta para determinados objetivos. Essa relação torna-se sugestiva quando a observamos junto aos demais trabalhos desta edição: pessoas, organizações e instituições enfrentam, em diferentes escalas, o desafio de processar informações, conter respostas imediatas, aprender com a experiência e tomar decisões diante de circunstâncias mutáveis.

Essa questão é particularmente pertinente para a educação superior. Durante várias décadas, associamos a qualidade ao cumprimento de padrões, à mensuração de resultados e à verificação de condições institucionais. Esses mecanismos contribuíram para organizar e fortalecer os sistemas educacionais, mas também mostraram seus limites quando o procedimento termina substituindo o propósito. A comparação entre os sistemas de garantia da qualidade da Espanha e da Colômbia que integra este número retoma uma tensão conhecida e ainda vigente: padronização e autonomia, referências internacionais e pertinência local, controle e melhoria. A qualidade perde sentido quando se converte exclusivamente em uma evidência que deve ser demonstrada perante um organismo externo. Seu verdadeiro valor aparece quando permite que uma instituição compreenda o que faz, reconheça suas fragilidades e tome melhores decisões diante das necessidades das pessoas e dos territórios aos quais serve.

Mas pensar a qualidade e a pertinência também exige rever o lugar a partir do qual conhecemos. As vozes indígenas presentes neste número introduzem uma interpelação especialmente necessária para a universidade. Para os povos abordados na pesquisa, território, natureza, educação e vida não constituem âmbitos separados. A natureza pode ser mestra; o território pode ser corpo, memória e relação; aprender pode começar muito antes de ingressar em uma instituição escolar. Essas perspectivas questionam uma tradição acadêmica que, durante tempo demais, transformou uma forma particular de produzir conhecimento em medida universal do conhecimento possível. Uma universidade contemporânea deve estar preparada para o desenvolvimento científico e tecnológico, mas também para escutar. Reconhecer outras epistemologias não significa renunciar ao rigor científico; exige ampliar nossa capacidade de compreender a pluralidade de experiências a partir das quais as sociedades explicam e habitam o mundo.

Essa atenção ao contexto adquire uma expressão concreta quando passamos do sistema educacional para a escola. As desigualdades rurais colombianas mostram que oferecer educação não equivale necessariamente

a garantir iguais oportunidades educacionais. As condições materiais importam, mas também importam a liderança, a autonomia para tomar decisões, a capacidade de reconhecer o entorno e a possibilidade de construir respostas institucionais onde os recursos são escassos. Nesses cenários, gerir deixa de ser simplesmente administrar. Significa interpretar uma realidade, mobilizar capacidades e construir alternativas. Essa diferença é fundamental porque recorda que nenhuma política educacional funciona em abstrato: ela sempre termina se realizando —ou fracassando— em um território e diante de pessoas concretas.

Nesse tecido aparece outra palavra decisiva para compreender as sociedades contemporâneas: confiança. As sociedades funcionam porque existem expectativas mínimas em relação aos outros e às suas instituições. Quando essas expectativas se deterioram, aumentam a distância e a incerteza. A análise da relação entre cidadania e Polícia incluída nesta edição propõe que a arte e a comunicação digital podem abrir espaços diferentes de interação e reconhecimento. A tecnologia adquire aqui seu sentido mais interessante: deixa de ser concebida como finalidade e se converte em mediação. Pode ampliar a participação, facilitar a comunicação e criar novas possibilidades de encontro, desde que sua incorporação seja acompanhada por transparência, sensibilidade social e disposição efetiva para o diálogo.

Talvez aí possa ser encontrada uma das conversas mais interessantes propostas por este número de Encuentros. A complexidade contemporânea exige instituições capazes de aprender e pessoas capazes de deliberar; sistemas de qualidade que reconheçam os contextos; tecnologias a serviço das relações humanas; educação atenta à diversidade; desenvolvimento vinculado à dignidade; e conhecimento disposto a dialogar com outros conhecimentos.

Essa tarefa diz respeito de maneira particular às universidades. Nossa responsabilidade não termina com a formação profissional nem com a produção de publicações científicas. Uma universidade adquire sentido quando esse conhecimento circula, interpela as certezas existentes e contribui para compreender os problemas de seu tempo. Ciência, tecnologia e formação continuam indispensáveis, mas encontram seu propósito quando se articulam com pensamento crítico, sensibilidade social e compromisso com o território.

Encuentros participa dessa tarefa. As páginas que seguem não oferecem uma resposta única —difícilmente poderia fazê-lo uma revista dedicada às ciências sociais e humanas—. Oferecem algo talvez mais valioso: perspectivas distintas para pensar problemas que costumamos observar de maneira fragmentada. Colocá-las em diálogo permite recordar que, por trás de cada indicador, política, tecnologia ou categoria analítica, existem pessoas, comunidades e formas particulares de habitar o mundo. E que, finalmente, é aí que o conhecimento encontra sua razão de ser.

**Pablo Bonaveri**  
Diretor Acadêmico  
*Universidad Autónoma del Caribe*